



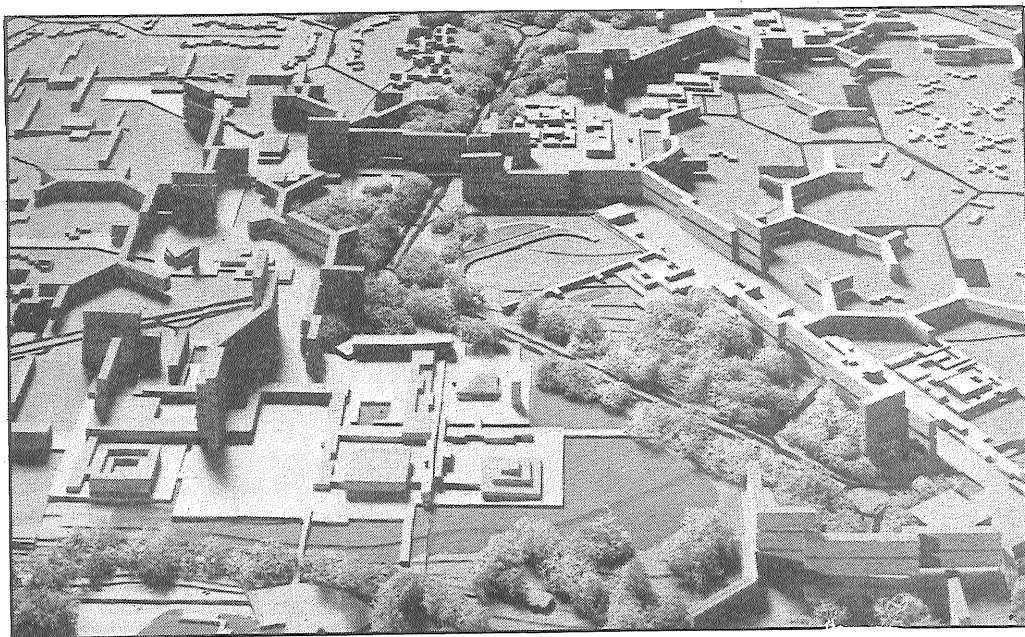
# LA CONCENTRACIO

La creciente preocupación e insatisfacción general en relación con los problemas urbanos no es más que una primera toma de contacto, por parte de la sociedad, con la inmensa suma de problemas que va a plantear el fenómeno universal de la urbanización antes de acabar este siglo, perspectiva que exige adoptar urgentes medidas de previsión y de organización por parte de todos los gobiernos del mundo.

Como es sabido, este proceso de acumulación de poblaciones humanas crecientes sobre áreas urbanas en constante expansión, con paralelo abandono de formas tradicionales de vida basadas en el cultivo de la tierra, arranca en el momento en que se produce la primera revolución industrial (el acero, el telar y la máquina de vapor), la revolución del carbón y del ferrocarril, y ya de aquellos días data la primera reacción en contra de los efectos críticos que

Proyecto para la nueva ciudad direccional del Área Metropolitana de Barcelona. Equipo: Alonso, Gaviria, Terán, Valdés.

Proyecto para la nueva ciudad de Toulouse-Le Mirall (Francia). Equipo: Candilis, Josic y Woods.



# URBANA

Por FERNANDO DE TERAN

## LA CONCENTRACION URBANA

tal revolución supuso para el desarrollo urbano, acumulando de golpe sobre las ciudades problemas de vertiginosa concentración, y desencadenando la evolución que iba a conducir a las grandes ciudades y áreas metropolitanas actuales.

Esta primera reacción se manifestó en numerosos testimonios literarios de la época, en campañas de Prensa y de higiene, en reformas de la legislación, en la difusión de las ideas reformistas de la sociedad y, finalmente, en la eclosión del socialismo.

En este clima ideológico nacido al calor de una realidad urbana en transformación, percibida como un proceso patológico, y de la mano de las ideas reformistas, aparecen también las primeras ideas modernas para solucionar los problemas de la ciudad. Y así, al lado de los utopistas que proponen soluciones teóricas ideales, se empiezan a construir las primeras realizaciones del urbanismo moderno, pequeñas colonias o barrios para poblaciones trabajadoras, segregadas y alejadas de la ciudad, en las cuales se adelantan en cierto modo, y a pequeña escala, los conceptos de ciudad jardín y ciudad satélite.

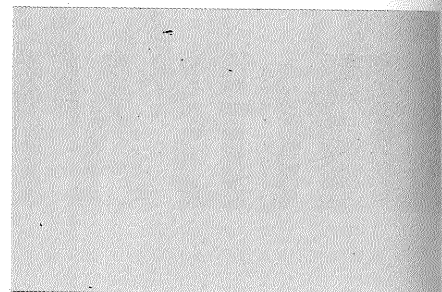
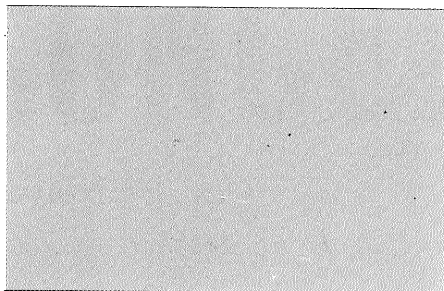
Una maduración y ampliación de estos planteamientos lleva, a finales del siglo XIX y principios del XX, a una proliferación de estas fundaciones ajardinadas, donde se hace presente la nostalgia de un contacto directo con la naturaleza, que había quedado alejada y manchada en la gran ciudad. Pero no es sólo ya la acción de las clases capitalistas y de las grandes empresas industriales. Se trata ahora de una intervención de la administración local, y son muchas las ciudades que consiguen organizarse para crecer en nuevos barrios o incluso a veces en pequeñas ciudades satélites de ambiente ajardinado y escasa densidad, en las que hacen también su aparición nuevas concepciones de la vivienda, atendiendo a las condiciones sanitarias.

En 1928 tiene lugar el nacimiento de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna, uno de cuyos

grandes animadores fue Le Corbusier. En ellos, técnicos e intelectuales de todo el mundo se dan cita para aunar sus esfuerzos en una empresa común: la construcción teórica de una nueva concepción de la ciudad que sirva para devolver al hombre la tranquilidad perdida y el contacto con la naturaleza. Recogiendo las experiencias realizadas en diversos países, estos Congresos, reunidos en años sucesivos, acaban por definir una doctrina general que se impone como base conceptual a escala universal en la última década de la primera mitad de este siglo.

Según esta doctrina el habitante urbano debía volver a encontrar la naturaleza cerca de su casa; la ciudad debía estructurarse en células bien definidas, barrios o unidades vecinales, que favorecieran las relaciones de comunidad, perdidas en la masificación de la gran ciudad; la vivienda debía responder a concepciones claramente racionales que asegurasen la máxima salubridad e higiene; el vehículo debía ser alejado, por vías propias independientes de las de los peatones, del corazón de esas unidades vecinales que debían reservarse al esparcimiento y a los juegos; toda la organización de la ciudad debía responder a una clara distribución zonificada de usos bien separados, para restablecer un orden que se había destruido: un sitio para vivir, otro para trabajar, otro para recrearse, otro para construirse, otro para abastecerse, etc.

El final de la segunda guerra mundial, con la imperiosa necesidad de la reconstrucción en gran escala y con la incorporación de promociones de técnicos jóvenes, que habían asimilado estas ideas, a puestos de la Administración en diversos países, hizo posible que todas esas concepciones teóricas no se quedasen en pura teoría, sino que fueron decididamente aceptadas como base orientadora de las incipientes políticas urbanísticas puestas entonces en marcha, cuyos casos más interesantes y de mayor envergadura y trascendencia fueron los de Inglaterra, con la





creación de nuevas ciudades a partir de la Ley de 1946; Francia, con su política de Zonas de Urbanización prioritaria y sus grandes conjuntos de viviendas de concepción y realización unificada, y los países socialistas, en los cuales los problemas estaban simplificados por la disposición del suelo por el Estado.

Así fue posible que esa nueva concepción de la ciudad no fuese una simple utopía, sino que llegase a cristalizar en numerosos ejemplos que hoy están realizados y habitados y que en los últimos años han permitido experimentar en la realidad los aciertos y las equivocaciones de aquella doctrina teórica, ya que todas estas nuevas realizaciones han sido, en efecto, sometidas a crítica y a investigación, puesto que en muchos casos empezaron a manifestarse algunos síntomas de incomodidad en la población que las habitaba.

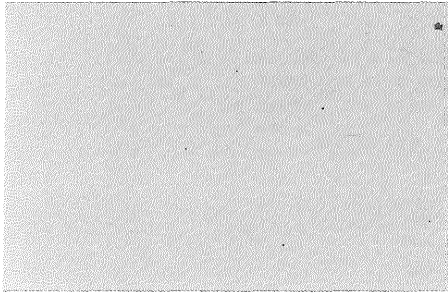
Hoy, al cabo de algunos años, y con la experiencia suficiente recogida, se ha abierto paso una crítica bastante coherente que apunta hacia nuevos objetivos, para corregir las equivocaciones anteriores sin renunciar a ninguna de las conquistas positivas.

Esta crítica pone de manifiesto que la disolución de los espacios urbanos concentrados a cambio de la dispersión de la edificación, produce una ruralización de la ciudad que impide la animación de la vida en la calle, que ha sido siempre atributo y atractivo de la ciudad con el cúmulo de relaciones espontáneas y libres que en ese necesario ambiente se formaban; que la estructuración en unidades urbanas para favorecer el nacimiento de grupos sociales es hasta cierto punto una artificiosa y forzada imposición compatible con la flexibilidad y la movilidad crecientes en una sociedad que ya no tiene nada que ver, por muchas razones de orden económico y sociológico, con la organización de épocas anteriores; que la separación de las funciones vitales no responde al funcionamiento óptimo de la ciudad, cuya vida interna está enriquecida por la

complejidad y la superposición natural de aquéllas, y que todo ello produce un tipo de habitat excesivamente tranquilo y aburrido, al que faltan algunos ingredientes básicos para tener el atractivo necesario para que su población se sienta gustosamente acogida en su marco. Es decir, lo que actualmente se puede ver es que la reacción contra los males que trajo consigo la industrialización llevó a unos planteamientos teóricos, vertidos en realizaciones concretas, un tanto simplistas que es preciso revisar y reajustar.

Cabría preguntarse en este punto si la construcción de estas unidades urbanas nuevas, se trate de nuevas ciudades o simplemente de barrios nuevos y de grandes conjuntos de viviendas, merece tanta atención, cuando la realidad es que el crecimiento urbano se realiza en todo el mundo fundamentalmente por aumento simplemente extensivo de las ciudades existentes, heredadas del pasado, que van macizándose, elevándose, congestionándose y alargándose en todas direcciones, mientras que esas actuaciones nuevas tienen carácter minoritario, especialmente en el conjunto de países no socialistas.

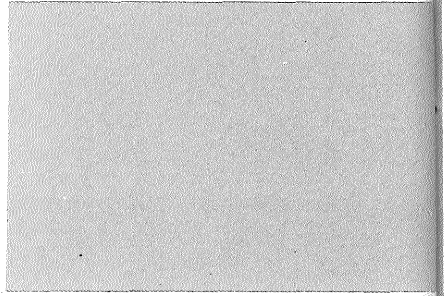
Pues bien, el interés que tiene precisamente la consideración de estas nuevas creaciones es que están marcando el camino del futuro, ya que la simple consideración de las previsiones del crecimiento demográfico universal, según las cuales sabemos que la población urbana va a crecer en forma espectacular, llevan a la conclusión de que muy en breve ya no será posible por más tiempo dejar que continúe el crecimiento urbano apoyándose en las infraestructuras existentes, por más reformas y acondicionamientos que se les hagan, y que la creación de ciudades nuevas o de grandes extensiones nuevas de las ciudades actuales tendrá que ser acometida por todos los países por simple razón de supervivencia, aunque tengan que sustraer los recursos económicos necesarios de otros sectores de su desarrollo. Está llegando el momento



en que nadie va a poder dejar de ignorar que la solución del problema de las ciudades no está en el acondicionamiento constante y costoso de su interior, sino que se encuentra fuera de ellas, en sus extensiones planeadas o en los nuevos núcleos urbanos que hayan de crearse.

Por esto resultan tan importantes las experiencias que se van realizando por parte de los gobiernos más previsores y por ello es interesante considerar los factores nuevos aparecidos en las más recientes creaciones urbanísticas. Ellas han de orientar esas necesarias ciudades futuras nuevas.

Estas nuevas concepciones que se van abriendo paso, tanto en los últimos y más interesantes proyectos como en las más avanzadas investigaciones teóricas, son de carácter empírico y fragmentario y no llevan a la construcción de una nueva teoría urbana de conjunto, sino que el avance se hace a través de tanteos experimentales en realizaciones concretas. Así, por ejemplo, la forma en que se están concibiendo en Inglaterra las últimas «new towns» y en Francia los más recientes «grands ensembles», suponen una revisión muy clara de los principios que orientaban a las realizaciones anteriores, apareciendo una nueva preocupación, antes no sentida, por la obtención de espacios urbanos bien definidos, por una mayor concentración de la población y las actividades y por la debilitación o desaparición del concepto de unidad vecinal. A la especialización funcional, a la uniformidad arquitectónica, al claro orden geométrico, sucede la búsqueda de conjuntos abigarrados, complejos y variados, donde puede darse una gran combinación y superposición de usos. Complejidad funcional, vitalidad urbana, facilidad para la movilidad, fluidez, concentración de actividades humanas en puntos especiales o a lo largo de ejes, son algunas de las claves conceptuales, de los nuevos factores que orientan las concepciones urbanísticas nuevas en sus aspectos funcionales, ambientales e integran-



tes. A ello habría que añadir también la búsqueda de algunos elementos singulares, de emplazamiento muy seleccionado dentro del tejido urbano, que actúen como señales, como focos de interés visual que le den un sentido de diversidad a la ciudad. Los estudios psicológicos demuestran la necesidad de este tipo de elementos especiales que contribuyen a que el ciudadano pueda fácilmente formarse una imagen visual de su propia ciudad y orientarse mentalmente dentro de ella, por oposición a la antigua sensación de vivir en un medio indiferenciado y homogéneo.

Pero si bien es verdad que todas estas nuevas ideas tratan de rescatar para las ciudades nuevas esos ingredientes característicos de animación y de vitalidad urbana que se dan, con exceso, en las ciudades heredadas del pasado, también es cierto que tratan de corregir el exceso de concentración, la congestión, el hacinamiento y la composición que se da en éstas, por medio de la incorporación de abundantes espacios libres y zonas verdes. El aspecto de las nuevas ciudades del futuro no será pues el de nuestras agobiantes ciudades actuales, donde casi ha desaparecido la vegetación y cuya atmósfera ha sido en parte sustituida por los gases de la combustión mecánica, ni tampoco el de estas ciudades o barrios nuevos que muchos países vienen realizando con previsora acción política, en los cuales falta, como decíamos, el ambiente urbano que los haga atractivos. Las nuevas orientaciones parecen configurar un nuevo tipo de concepción urbana en la cual se dé en proximidad, el gran espacio abierto, accesible a todos, y la concentración de actividades en esos escenarios de la vida urbana que son las calles. Esta simultaneidad de naturaleza tranquila y calles animadas, que puede tener múltiples zonas de transición en barrios más o menos animados hasta perderse la intensidad de la concentración en conjuntos de viviendas unifamiliares, aparece en efecto en la mayor parte de los proyectos recientes más interesantes.

# LA CONCENTRACION URBANA

Finalmente habría que decir algo en relación con el debatido tema del tamaño de la ciudad.

La misma actitud de reacción frente a los nocivos efectos que la industrialización desencadenó en el proceso del desarrollo urbano, llevó en una primera etapa a exagerar el carácter patológico de la gran ciudad, y todas las teorías urbanísticas de la primera mitad de este siglo abogan por la descentralización urbana, y por la creación de pequeñas unidades nuevas, proponiendo cifras de población muy reducidas como óptimos demográficos. La tranquilidad de la pequeña ciudad fue exaltada como uno de los máximos objetivos a conseguir, frente a la trepidante realidad de la gran metrópolis.

La actitud actual frente a este tema es algo diferente ya que hoy se acepta casi universalmente, y cada vez con más evidencia, que la gran ciudad es la clave de la organización moderna de la vida humana, en una sociedad que ya no puede dar marcha atrás a un proceso de tecnificación y culturización que hace imposible el retorno nostálgico a un pasado dominado por una economía de fuerte base rural.

El estado actual de los conocimientos sobre el tema permite comprobar en efecto que la organización económica, social y política no puede eludir el marco de las grandes concentraciones de población, porque existen múltiples elementos de esa organización que requieren unos mínimos demográficos muy elevados para su mantenimiento, sobre todo ciertos servicios especializados y «raros» que sólo pueden encontrarse en las grandes ciudades, y que constituyen la base de la vida política, cultural e intelectual y del empleo del tiempo libre en la sociedad moderna. Como ha dicho un conocido economista italiano, «la concentración urbana se convierte en un factor del bienestar, cuya organización óptima tiene que investigarse y planificarse».

Tal vez puedan parecer un poco insólitas estas consideraciones, en un

momento en que en España se han agudizado los problemas de la congestión urbana y multitud de voces claman por la calma de la pequeña ciudad. Pero conviene no perder la perspectiva histórica y darse cuenta de que en este proceso llevan muchos años de adelanto algunas naciones que nos preceden en el desarrollo económico. Por otra parte, es de esperar que nadie entienda en estas palabras una defensa de cualquier clase de concentración urbana a cualquier precio. Si bien hoy se admite que esta concentración aparece cada vez más claramente como un importante factor del desarrollo, que contribuye a sustentar economías de gran vitalidad y capacidad de organización e innovación, esto no impide pensar que esa concentración, bien ordenada y planificada podría redoblar sus ventajas y disminuir sus inconvenientes. Todo esto es lo que lleva hoy a considerar a la gran ciudad no como ese ser monstruoso del que tan horrorizadamente se ha propuesto tantas veces huir como enemigo de la vida humana, no como algo que hay que evitar por encima de todo, sino como el marco idóneo, adecuado, necesario e inevitable de la vida moderna, por cuya humanización, racionalización, ordenación y planificado crecimiento vale la pena luchar, si se desea contribuir a la preparación de un futuro más digno. Hay que superar el actual caos incongruente, sin caer en la ineficacia de una actitud de retorno histórico imposible, sólo justificable por la engañosa añoranza de que, como decía nuestro clásico, «cualquier tiempo pasado fue mejor».

*FERNANDO DE TERAN es doctor arquitecto y técnico urbanista. Profesor de Teoría de la Ciudad en el Centro de Estudios Urbanos de Madrid. Director de «Ciudad y Territorio», revista de urbanismo y ordenación territorial. Autor de «Ciudad y urbanización en el mundo actual». Dos premios nacionales de urbanismo, obtenidos en equipo, por planear el nuevo barrio de Canaletes, en Sardanyola (Barcelona) y la nueva ciudad Centro Direccional del Área Metropolitana de Barcelona. Desde 1961 viene ocupando diversos puestos en el Ministerio de la Vivienda en relación con problemas urbanísticos.*

